

Año 1 | N° 1

Maneras de Bien Soñar
Revista de Literatura y Cultura de la Palabra

*“Mens agitat molem”***

Septiembre de 2002



Presentación en sociedad

A través de este nuevo emprendimiento de TuRemanso, pretendemos acercarles un fragmento de experiencias literarias, para que se regocijen en el sortilegio del sonido.

La poesía, el cuento, la novela, el ensayo... son expresiones de un lenguaje. A veces a través, otras por sobre él, la palabra perpetua sentimientos, pensamientos y acciones, desarmando y construyendo universos reales o ilusorios.

“Maneras de bien soñar”, toma este nombre como homenaje al gran poeta portugués, Fernando Pessoa, quien supo construir mundos y soñar opciones.

“Maneras de bien soñar” pretende ser quien nos ampare de los golpes inesperados de las olas de la mediocridad. Luminoso y colorido, nuestro barco despliega las velas de la imaginación y la realidad, iniciando con esta edición su primer viaje... en aguas del oriente.

Cintia Vanesa Días
Directora



En esta edición

Año 1 | N° 1
Septiembre de 2002

Poetas

El brocal del pozo

[Jabrâ Ibrâhîm Jabrâ]

La luna, doce años después

[Mu'in Bsisu]

A una nube

[Rashîd Husayn]

¡No!

[Mu'in Bsisu]

El caballo salvaje

[Samîh al-Qâsim]

Autores

(anónimo)

Las mil y una noches [Fragmento]

Cancionero

Ojos así

[Shakira]

*Como homenaje a Fernando Pessoa (en su heterónimo Bernardo Soares)

** "El espíritu es quien mueve la materia"



Poetas

El brocal del pozo

Por: Jabrâ Ibrâhîm Jabrâ

Brocal del pozo,
lugar donde se juntaban manos de
jóvenes alegres
en compañía, llenando
de agua clara los cántaros
entre risas y cantos
Es de pronto voraz hueco; se ha tornado
boca del exterminio obstruida de
muchachas
y mujeres embarazadas, del que mana
un reguero de sangre emplomada
¿Se han secado a su alrededor los
racimos?
¿se ha agostado el trigo y fugado
el aceite de sus odres?
¿y sobre ellos crucificado de nuevo el
Mesías?

Del brocal del pozo, nuevo Gólgota
de su cavidad sangrienta brotará
lava negruzca, ardiente, furiosa
con carnes de muchachas y mujeres
embarazadas
para abrasar
a los sembradores de muerte
y alimentadores de los buitres de nuestra
tierra,
y entonces de su sacra y fructífera
abundancia
renacerán, renacerán
nuevamente nuestras aldeas

La luna, doce años después

Por: Mu'in Bsisu

Aquí las huellas se detienen
Donde la luna
tras de las rocas, los árboles y las tiendas
se echa con los lobos, los canes y las
piedras
Donde la luna
vende cada noche su rostro
por un alfanje, una vela, una guedeja de
lluvia
no opone una piedra de sus fuegos
ni roba los anillos de abalorio
de los dedos de las gitanas.
Dormían. Duermen los peces, las
estrellas, los árboles
Aquí, los dolores han alcanzado a la
luna.
Entregad los anillos de abalorio
y las pulseras azules ¡tribu de gitanos!

A una nube

Por: Rashîd Husayn

Yo soy la tierra
Soy la tierra, no me prives de lluvia
Soy todo lo que queda de ella, si
plantas árboles en mi frente
o conviertes en un huerto mis versos
de cereales
y rosas
Para conocerme
dame la lluvia

Yo soy, nube de mi vida, los montes de Galilea
Mi pecho es Haifa
Y Yaffa mi frente
No digas: imposible
¿Qué no escuchas los pasos de mi niño,
que se acerca
a los umbrales de tu alma?
¿Qué no ves las venas de mi frente
empeñadas en tocar sus labios?
A tu espera, mis poemas se tornaron
polvo
se volvieron un campo
se tornaron trigo
y crecieron árboles
Soy todo lo que queda de nuestra tierra
Así que dame...
dame la lluvia

¡No!

Por: Mu'in Bsisu

Sus heridas decían: ¡No!
Sus grilletos decían: ¡No!
Sobre su pecho, una paloma, entregando
todas sus plumas
para cubrir la herida, decía: ¡No! v "No"
a aquellos que realizaron la compraventa
del vendaje de Gaza
Compradores de tibias y vendedores de
gansos

¡Compañeros gansos!
Cesad de graznar un instante
para escucharlo, por una vez
decir "No"
Ay de él: no muere bajo lámparas de
neón
entre los candelabros y la luna
Ay de él: sin prensa, sin exequias
solemnes,
sin odas ni trova

¡Oh, las piedras!
Si me permitiérais componer un verso

para recitarlo a toda barba lengua o
postiza,
Cesad de chillar un instante
para escuchar, por una vez
decir "No"
Al muro de un hogar que queda en pie,
en Gaza
caído mil veces cada día.
Compañeros gansos

El caballo salvaje

Por: Samîh al-Qâsim

Monté tu caballo salvaje
y me hundí en las comarcas desérticas,
hacia las extensiones sin fin
solo, ante la batahola del mundo
atravesando los yermos
desprovisto de coraje... desprovisto de
temor
¿Cómo regresar?... ¿cómo?, mi adorado
victimario
Si tú eres ardor de aguijón y látigo
eres la capa enredada entre los hombros,
eres mi provisión, toda mi provisión
eres mi orden de retorno

¡Aquí, París!
¡Aquí, Beirut!
¡Aquí, Moscú!

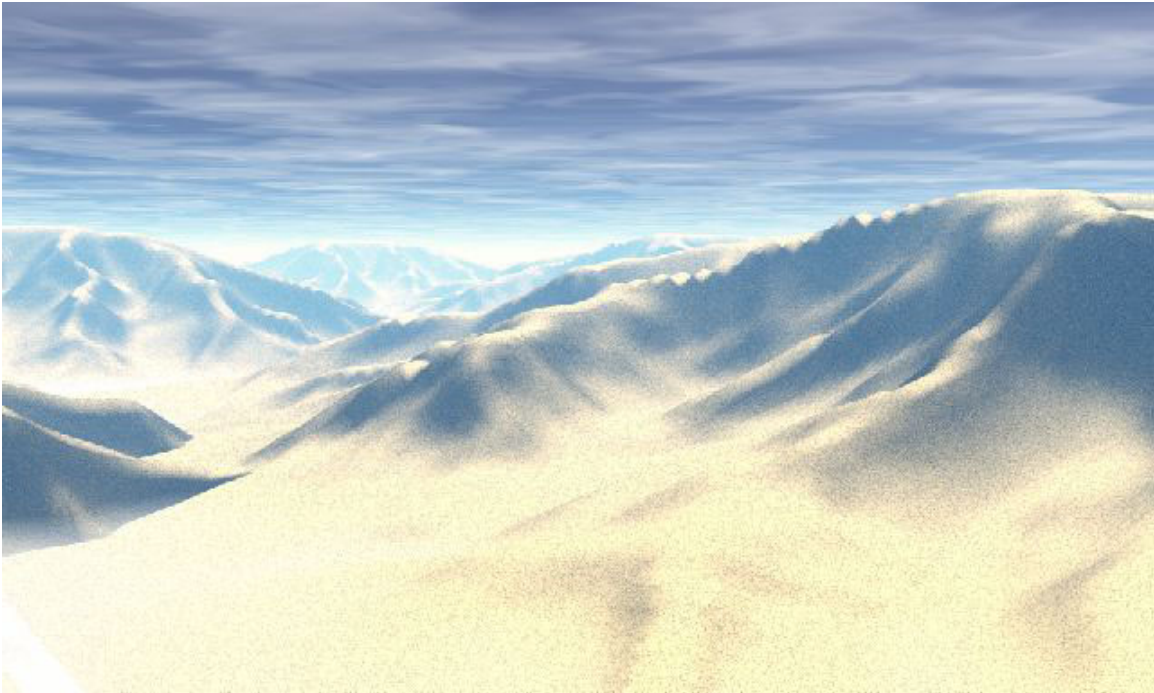
Azuzo, aflicción indomable, tus flancos
salvajes
en el hambre o en la sed
espoleo tu curso, adorado victimario

Prometo, oh Señor
prometo a ti, que haces jazmines de
nuestras espinas
que no cambiaré la herida
cualesquiera sean los regateos del
cuchillo
ni quedará para siempre nuestra hermana
prisionera

¡Aquí, Ammán!

¡Aquí, Roma!
¡Aquí, Bagdad!
¿Cómo escapar?... ¿cómo?, de nuestras
raíces terrestres
¿Cómo sumergir en el olvido las
generaciones del odio?
¿Cómo... cómo? No habrá reposo
cuando el puerto está al alcance de la
vista
y el fuego en nuestra frente herida no se
apaga

sin el alivio de tu vendaje
Rima de nuestras letras
visión angustiosa
historia expoliada
combatiente amado
país victimario
¡Hasta la muerte! ¡hasta la muerte!
seguirá siendo el jinete de la tristeza
esclavo de tu caballo salvaje





Autores

Los cuentos de las mil y una noches

El rey Schariar y su hermano Schazenán

Refieren las crónicas de los Sasánidas, antiguos soberanos de Persia, que existió un rey muy amado de sus vasallos por su sabiduría y temido de los vecinos por su valor.

Este rey tenía dos hijos, llamado Schariar el primogénito y Schazenán el menor. Tras un largo y glorioso reinado murió el rey, y Schariar subió al trono. Schazenán viose, pues, reducido a la condición de un ciudadano particular; pero, lejos de envidiar la buena suerte de su hermano, puso todo su empeño en complacerle.

Contentísimo Schariar del proceder de su hermano Schazenán, quiso darle una prueba de su satisfacción cediéndole el reino de la Gran Tartaria, cuyo trono fue a ocupar en seguida Schazenán, fijando su residencia en Samarcanda, que era la capital del Estado.

Habían transcurrido dos años desde que los dos príncipes se separaron, cuando Schariar sintió vivos deseos de abrazar a

su hermano, y le envió un embajador para invitarlo a que se trasladase a su capital.

Para este objeto designó a su primer Visir, el cual partió con el séquito correspondiente a su elevada dignidad.

Llegado el Visir a Samarcanda, el rey de Tartaria le acogió con grandes demostraciones de júbilo, y le pidió enseguida noticias de su hermano el Sultán. El Visir satisfizo su curiosidad, y acto seguido le expuso el objeto de su embajada.

-Sabio Visir -contestó el Rey-, el Sultán, mi hermano, no podía proponerme cosa alguna que me fuese más grata. También yo ardo en deseos de verle. Mi reino está tranquilo y sólo necesito diez días para estar en condiciones de ponerme en camino; así, pues, te ruego que te detengas ese tiempo aquí y mandes plantar tus tiendas.

Schazenán nombró un Consejo para que, durante su ausencia, gobernase el Estado, poniendo al frente un ministro que le merecería absoluta confianza, y al atardecer del décimo día de la llegada

del embajador, salió de Samarcanda, seguido del personal que debía acompañarle en su viaje y se dirigió al pabellón real que el Visir había hecho levantar cerca de su tienda. Se entretuvo conversando con el embajador hasta medianoche, y queriendo dar un postrer abrazo a la reina, su esposa, se encaminó solo al Palacio y se introdujo sin previo aviso en las habitaciones de la soberana, la cual, no sospechando siquiera aquella inesperada visita, había admitido en la intimidad de su alcoba a uno de sus criados.

El Rey penetró silenciosamente en el dormitorio de su esposa, y júzguese de su sorpresa al ver un hombre en el iluminado aposento. Quedó un momento inmóvil, preguntándose si debía creer lo que sus propios ojos veían, y persuadido de que no había lugar a dudas, exclamó, al fin:

-¡Cómo! ¿Os atrevéis a ultrajarme de esa manera cuando apenas acabo de abandonar mi palacio? ¡Ah, malvados! Pero, ¿no quedará impune vuestro crimen!

Desenvainó su alfanje, se acercó a los dos culpables y, en menos de lo que se tarda en contarlos, les hizo pasar del sueño a la muerte.

Hecho esto, cogió a los dos cadáveres y los arrojó por una ventana al foso que existía al pie de la misma.

Vengado de esta suerte, el Rey volvió a su pabellón, ordenó que inmediatamente fuesen levantadas las tiendas, y antes de que despuntase el día emprendieron la marcha.

El Sultán salió al encuentro de su hermano y del Visir a las puertas de la capital de la India, y, después de haberle colmado de halagos y caricias, condujo a aquél a un palacio que, por medio de un jardín improvisado expresamente, se comunicaba con el suyo.

Schariar dejó en seguida a su hermano para que éste tomase el baño y se cambiase de vestidos, y en cuanto supo que ya había realizado estas operaciones se apresuró a reunirse con él.

Se sentaron ambos en un diván, y cuando los cortesanos se hubieron retirado, los príncipes comenzaron a hablar de todo lo que dos hermanos, unidos más por el amor que por los vínculos de la sangre, tienen que decirse tras tan prolongada ausencia.

Terminada la cena, que hicieron juntos, reanudaron la conversación, la cual se prolongó hasta hora muy avanzada de la noche, en que se retiró Schariar para que pudiese descansar su hermano.

El desgraciado rey de Tartaria se acostó, pero no pudo conciliar el sueño: la infidelidad de la Reina se le presentó tan vivamente ante su imaginación que se vio obligado a abandonar el lecho, entregándose por completo a sus dolorosos pensamientos.

El Sultán no pudo por menos de observar la honda tristeza reflejada en el semblante de su hermano.

¿Qué te sucede rey de Tartaria? ¿Sientes, acaso, haber dejado tus Estados y te apena verte tan lejos de la Reina, tu esposa? Si es esto lo que te aflige, te daré al punto los regalos con que deseo obsequiarte y podrás regresar a Samarcanda.

En efecto, a la mañana siguiente le mandó cuanto las Indias producen de más raro y precioso, más rico y singular, no olvidándose de nada que pudiera distraerle y divertirle; pero estos agasajos y fiestas, lejos de alegrarle, aumentaban su melancolía.

Cierto día, Schariar organizó una cacería a unos bosques donde abundaban los ciervos, e invitó a Schazenán a que le acompañase; pero éste se excusó,

pretextando que se hallaba indispuerto, y el Sultán, que no quería contrariarle, partió con toda su corte.

En cuanto se halló solo, el rey de la Gran Tartaria se encerró en su cámara y se asomó a una ventana que daba al jardín.

El espectáculo que se ofreció a su vista le llenó de estupor: de pronto se abrió una puerta secreta del palacio del Sultán, para dejar paso a veinte mujeres, que rodeaban a la Sultana. Ésta, creyendo que también Schazenán había ido a la cacería, avanzó con sus acompañantes hasta el pie de la ventana a la que aquél estaba asomado.

La Sultana y las demás personas de su corte, sin duda para que los vestidos no entorpeciesen sus movimientos, o bien para estar con más comodidad, se despojaron enteramente de ellos, y entonces pudo observar Schazenán que sólo diez de aquellas personas eran mujeres, y las restantes robustos moros que se apresuraron a retirarse, en distintas direcciones, cada cual con su pareja.

-¡Massoud! Massoud! - llamó entonces la Sultana, y otro apuesto árabe, que descendió de un árbol, unióse al punto a la soberana.

Schazenán vio más de lo suficiente para convencerse de que su hermano no era menos desgraciado que él, y cuando, después de la medianoche, los libertinos vistieron de nuevo sus largas túnicas y volvieron a Palacio, el rey de la Gran Tartaria dio libre curso a sus pensamientos.

- ¡Cuán poca razón tenía yo -se decía- para creer que mi desgracia era única en el mundo! Ésta es, sin duda, la suerte fatal que les está reservada a todos los maridos. Siendo, pues, así, ¿por qué he de dejarme vencer por la pena? No hay que pensar más en ello; el recuerdo de

una desgracia tan común no turbará jamás mi sueño.

Efectivamente, en vez de entregarse a sus sombríos pensamientos, se hizo servir una opípara cena y se mostró alegre.

Cuando supo que el sultán estaba ya de regreso, fue a encontrarle con aire placentero. Schariar, que esperaba encontrarle en el mismo estado de abatimiento y congoja en que le había dejado, se sorprendió gratamente al verle tan alegre.

-Hermano mío -le dijo-, doy gracias al Cielo por el cambio feliz que se ha operado en ti, y te ruego que me digas a qué motivo obedece.

-Bien, hermano querido; puesto que lo deseas, voy a complacerte.

Le contó cuanto le había sucedido con su esposa y el castigo que le había impuesto, y concluyó diciendo:

-Ésta era la causa de mi tristeza; considera si tenía motivos para desesperarme.

- ¡Qué suceso tan horrible me has contado, hermano mío! -exclamó el Sultán-. Apruebo el castigo que infligiste a los que de modo tal osaron ultrajarte. Semejante acción no puede por menos de ser aplaudida; es muy justa y, por mi parte, te aseguro que, en tu lugar, no hubiera usado de tanta moderación. No a una, sino a mil mujeres hubiera matado. ¡Cielos! No creo que semejante desventura haya podido ocurrir a otro, que a ti. De todos modos, da gracias al Cielo por el consuelo que te ha enviado, y como supongo que éste será también asaz fundado, te ruego que me digas ahora en qué consiste, teniendo en mí absoluta confianza.

-Quisiera obedecerte, pero temo causarte mayor pena de la que yo he experimentado.

-Lo que me dices aviva todavía más mi curiosidad - repuso Schariar.

El rey de la Gran Tartaria vaciló aún, pero tuvo que acabar por ceder, y le contó las escenas del jardín que él había presenciado desde la ventana de su aposento.

- ¡Cómo! -exclamó Schariar-. ¿La sultana de la India es capaz de prostituirse de una manera tan abyecta? No, hermano mío, no puedo creer lo que me dices si no lo veo, con mis propios ojos; los tuyos te han engañado.

-Hermano mío -repuso Schazenán-, si quieres convencerte, no tienes más que organizar una cacería. De noche volvemos ocultamente a mis habitaciones y estoy seguro de que verás las mismas escenas que yo presencié.

El Sultán aprobó la estratagema y dispuso al punto la partida de caza.

Al día siguiente salieron los dos príncipes con sus séquitos respectivos, y, llegados al punto previamente designado, se detuvieron allí hasta que cerró la noche. Sin pérdida de tiempo, el rey de la Gran Tartaria y el Sultán montaron a caballo y, atravesando solos los campos, volvieron a la ciudad; lograron no ser vistos por alma viviente, entraron en el palacio que ocupaba Schazenán, y se situaron en la ventana que daba al jardín, sin apartar la vista de la puerta secreta.

Al fin, se abrió ésta y se repitieron las mismas escenas de la noche anterior.

El Sultán vio también más de lo necesario para convencerse de su vergüenza y de su desgracia.

- ¡Ay de mí! -exclamó-. ¡Qué horror! ¡Que sea capaz la esposa de un soberano como yo de semejante infamia! ¿Qué príncipe podrá decir, en vista de esto, que es completamente feliz? ¡Ah, hermano mío -prosiguió, abrazando al rey de Tartaria-, renunciemos ambos al

mundo! La buena fe no existe ya; si por una parte nos lisonjea, por otra nos traiciona. Abandonemos nuestros Estados y toda la magnificencia que nos rodea; vámonos a tierras extranjeras para vivir como simples particulares y ocultar nuestra desventura.

-Hermano mío -repuso el rey de Tartaria-, no tengo más voluntad que la tuya. Estoy pronto a seguirte adonde quieras, pero me has de prometer que volveremos, si encontramos a alguno que sea más desgraciado que nosotros.

-Te lo prometo - contestó el Sultán.

Salieron secretamente del palacio y tomaron por un camino distinto del que habían seguido a su llegada. Anduvieron todo el día hasta que, al atardecer, llegaron a un espeso bosque, lleno de árboles seculares y muy frondosos, cercano al mar.

Se sentaron al pie de uno de aquellos árboles para descansar, y de pronto, oyeron un estrépito espantoso por la parte del mar y al mismo tiempo un grito de terror.

Se abrió seguidamente el mar y salió una columna negra que parecía llegar al cielo.

Los dos príncipes, presa del mayor espanto, se apresuraron a subirse a la copa del árbol para averiguar de qué se trataba, y vieron que la negra columna se acercaba lentamente a la playa.

La columna era uno de los Genios maléficos, que odian a los hombres. Negro y horroroso, tenía el aspecto de un gigante descomunal, y llevaba sobre la cabeza una gran caja de cristal con cuatro cerraduras de fino acero.

Penetró en el bosque con su carga y fue a depositarla al pie del árbol en que estaban encaramados los dos príncipes, los cuales se creyeron irremisiblemente perdidos, pues no desconocían el peligro que les amenazaba.

Entretanto el Genio se sentó sobre la dura tierra, abrió la caja, y de ella salió al punto una mujer de belleza extraordinaria y ricamente vestida.

El monstruo la hizo sentar a su lado y, mirándola con ternura, le dijo:

-Mujer de belleza incomparable, graciosa criatura a quien robé el mismo día de sus bodas y he amado siempre con intensa y desbordante pasión, ¿me permites que descanse un momento tu lado?

La joven sonrió y el Genio se tendió en el suelo cuan largo era, apoyando su monstruosa cabeza en el regazo de su amante, no tardando en dormirse.

La mujer levantó entonces los ojos, y viendo a los dos príncipes en lo alto del árbol, les hizo señas de que bajasen.

El terror que se apoderó de ellos al verse descubiertos fue indecible, y rogaron, por señas, a la amante del Genio, que les dispensase de obedecerla; pero ésta, después de haber levantado de su regazo la cabeza del gigante, haciéndola descansar sobre un montón de hierbas, se levantó y repuso en voz baja y acento amenazador:

- ¡Bajad, os digo! ¡Es preciso que me obedezcáis!

Así lo hicieron los dos príncipes y, cuando estuvieron en tierra, la joven los tomó de las manos, se internó con ellos en el bosque y les exigió algo que no pudieron negarle.

Satisfechos sus deseos y observando que ambos llevaban anillos en las manos, les pidió que cada cual le cediese uno. Tampoco pudieron los príncipes oponerse a este capricho, y la joven, cuando los hubo conseguido, los unió a una larga sarta de sortijas que ocultaba en el seno.

-¿Sabéis -les dijo- lo que representan estos anillos? Pues que el dueño de cada uno gozó de mí afecto, como acabáis de hacerlo vosotros; aquí, había noventa y ocho y, como me faltaban dos para el centenar, os he pedido los vuestros. Son, pues, cien los amantes que hasta ahora he tenido, a despecho de las precauciones y de la vigilancia de este Genio, que no quiere separarse un momento de mi lado. Es inútil que me encierre en una caja de cristal y me oculte en el fondo del mar, pues siempre hallo ocasión de burlarle. Cuando una mujer concibe un proyecto, no hay marido ni amante que pueda impedirle que lo ponga en ejecución. Más valiera que los hombres procurasen no contrariarlas, pues éste sería el único medio de hacerlas discretas y fieles.

Dicho esto, guardó los anillos y volvió a sentarse al pie del árbol, apoyando de nuevo en su regazo la cabeza del Genio. Los dos príncipes volvieron sobre sus pasos.

-Y bien -dijo Schariar a su hermano-, ¿qué me dices de lo que nos ha ocurrido? El Genio no puede envanecerse de que su amante le sea fiel. ¿Conviene conmigo en que nada iguala a la malicia de las mujeres?

-Sí -repuso el rey de la Gran Tartaria-; ¿y tú convienes, a tu vez, conmigo en que el Genio es más digno de compasión y más desgraciado que nosotros?

-Ciertamente.

-Volvamos, pues, a nuestros Estados.

-Sí, volvamos -contestó el Sultán-. Por mi parte, te aseguro que he dado con el medio de hacer que mi esposa no pueda serme infiel. El día que te revele mi secreto, no dudo de que seguirás mi ejemplo.

Caminando sin cesar, llegaron a su campamento a los tres días y tres noches de haberlo abandonado.

Cuando se tuvo conocimiento de la vuelta del Sultán y del Rey, todos los cortesanos se presentaron en la tienda real, y Schariar ordenó que al punto se levantase el campamento para regresar a la ciudad.

Una vez en Palacio, el Sultán se dirigió a las habitaciones de su esposa y mandó al Visir que la estrangulase en su presencia.

Y no satisfecho con esto, el enfurecido Schariar cortó con su propia mano la cabeza a todas las mujeres que formaban la corte de la Sultana.

Después de un castigo tan tremendo, y persuadido de que no existía mujer alguna de cuya fidelidad pudiese estar seguro, resolvió desposarse cada noche con una y hacerla estrangular apenas alborease el día siguiente.

Promulgada que fue esta bárbara ley, el Sultán juró que la observaría en cuanto se hubiera marchado su hermano, el cual volvió enseguida a la capital de su reino, llevándose magníficos regalos.

El mismo día que partió Schazenán, el Sultán ordenó a su Visir que le trajese la hija de un general de su ejército, con la que se casaría aquella noche. Obedeció el Visir, Schariar se desposó con la joven y a la mañana siguiente mandó al propio Visir que la matase y le buscase otro para aquella misma noche.

Estos actos de barbarie sembraron la consternación en todo el reino, y, en vez de las alabanzas y bendiciones que hasta entonces habían tributado al Sultán, todos sus vasallos le maldecían y le deseaban la muerte.

El gran Visir que, contra su voluntad, era ministro de esta cruel injusticia, tenía dos hijas: la mayor se llamaba Scherezade y Dinarza la más joven. Ésta, no menos bella que su hermana, no poseía, sin embargo, el valor superior a

su sexo y el ingenio y la perspicacia de que aquélla estaba dotada.

Scherezade había leído mucho y poseía una memoria prodigiosa. Había estudiado filosofía, medicina, historia y bellas artes y componía versos mucho mejor que los más celebrados poetas de su tiempo. Además, su belleza era perfecta y su corazón sólo albergaba los sentimientos más nobles y generosos.

El Visir amaba entrañablemente a esta hija, que era, en verdad, digna de su amor.

Un día en que ambos se hallaban reunidos, Scherezade dijo al Visir:

-Padre mío, quiero pedir os una gracia.

-Que yo te concederé gustoso, si, como espero, es razonable.

-He ideado un plan -repuso la joven- para poner coto a las barbaridades que comete el Sultán con las hijas de familia.

-Digna de alabanza es tu intención -contestó el Visir-, pero me parece que no tiene cura lo que tú piensas reparar.

-Padre mío -replicó Scherezade -, puesto que sois vos el que cada noche habéis de procurar una nueva esposa al Sultán, os ruego que le propongáis que me conceda ese honor.

-¡Ah! exclamó el Visir, aterrado-, ¿has perdido el juicio, hija mía? ¿Cómo te atreves a hacerme semejante ruego? ¿Sabes a lo que te expone tu indiscreto celo?

-Sí, padre mío, contestó Scherezade -, sé a qué peligro me expongo. Si perezco, mi muerte será gloriosa; pero si logro llevar a cabo mi empresa, haré a mi patria un servicio inmenso.

-No, no -replicó el Visir-; es inútil que insistas, pues no puedo acceder a lo que me pides.

-Concedédmelo, padre mío; será la última gracia que os pida.

-Tu obstinación -repuso el Visir- hará que me enoje. ¿Por qué te empeñas en ir al encuentro de una muerte segura? El que no prevé el fin de una empresa peligrosa, no puede realizarla como es debido. Cuidado no te suceda lo que al asno, que estaba bien y no supo contentarse con su suerte.

-¿Qué le sucedió al asno? Le preguntó Scherezade.

-Escucha y lo sabrás.

En la Siguiete noche...

El asno el buey y el labrador

Tenía en la misma cuadra un buey y un asno, y cierto día que contemplaba los juegos infantiles de sus hijos, oyó que el buey le dijo al asno:

-No puedo menos de mirarte con envidia al considerar lo mucho que descansas y lo poco que trabajas. Un mozo te cuida, te da buena cebada para comer, y para beber agua pura y cristalina; y si no llevaras a nuestro amo en los cortos viajes que hace, te pasarías la vida en completa ociosidad. A mí me tratan de distinta manera y mi condición es tan desgraciada como agradable la tuya. A las doce de la noche me atan a una carreta, trabajo hasta que las fuerzas me faltan, y el labrador, sin embargo, no cesa de castigarme, y luego por la noche me dan de comer unas malas habas secas. Ya ves que tengo razón al envidiar tu suerte.

El asno no interrumpió al buey, pero cuando acabó de hablar le dijo:

-Con razón tenéis fama de tontos, tú y todos los de tu especie. Dais la vida en provecho y beneficio de los hombres y no sabéis sacar partido de vuestras facultades. Cuando os quieren uncir al arado, ¿por qué no das buenas cornadas y unos cuantos mugidos que asusten a los hombres, te echas al suelo y te niegas a moverte? Si así lo hicieras ya verías cómo te tratarían mejor. Si sigues los consejos que te doy notarás un cambio favorable y me agradecerás lo que te propongo.

El buey prometió obedecerle, y el amo no perdió de la conversación ni una sola palabra.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue en busca del buey el gañán.

El animal siguió exactamente los consejos del asno: dio tremendos mugidos, no quiso comer, se echó al pie del pesebre, y el labrador, creyendo que estaba enfermo, fue a dar parte a su amo de lo que sucedía.

El labrador comprendió el efecto de las indicaciones del asno, y, a fin de castigar a este último como merecía, dijo al mozo:

-Lleva al campo el asno en vez del buey, y hazlo que trabaje bien.

Dicho y hecho; el asno tiró todo el día del arado y de la carreta, y recibió además tantos golpes, que cuando volvió por la noche a la cuadra no podía sostenerse.

El buey, sin embargo, estaba muy contento. Había comido bien y descansado todo el día, así es que se apresuró a bendecir y dar nuevas gracias al asno cuando este último entró en la cuadra.

El asno no le respondió ni una palabra, y decía para sí:

Yo tengo la culpa de lo que me sucede; soy un imprudente. Vivía contento y dichoso, y como mi astucia no encuentre

un nuevo medio de salir de esta situación, voy a perder el pellejo. Y medio muerto de cansancio, se dejó caer en el suelo.

Al llegar a este punto de su narración, interrumpióse el gran Visir y dijo a su hija:

-Merecerías ser tratada como el asno, puesto que pretendes curar un mal irremediable o sea llevar a cabo una empresa imposible en la que perderás la vida.

Inquebrantable en sus propósitos, la generosa joven replicó que ningún peligro le haría desistir de poner en ejecución sus designios.

-En ese caso -repuso el padre-, fuerza será hacer contigo lo que el labrador hizo con su mujer.

- ¿Y qué fue ello?

- Escucha con atención, pues no he terminado el cuento.

Y así Scherezade relató sus historias por 1001 noches.



“Scherezade” de: Shamila Khetarpal
Lápices de colores / 2002

Fuente:

<http://members.fortunecity.com/detalles2002/prosa/milnoches/noches1.html>



Cancionero

Ojos así

Letra: Shakira Mebarak R.

Ayer conocí un cielo sin sol
y un hombre sin suelo
un santo en prisión
y una canción triste sin dueño
ya he ya he ya la he
y conocí tus ojos negros
ya he ya he ya la he
y ahora sí que no
puedo vivir sin ellos yo

coro

*Le pido al cielo sólo un deseo
que en tus ojos yo pueda vivir
he recorrido ya el mundo entero
y una cosa te vengo a decir
viajé de Bahrein hasta Beirut
fui desde el norte hasta el polo sur
y no encontré ojos así
rabboussamai fikarrajaai
fi ainaiha aralhayati
ati ilaika min haza ikaaouni
arjouka labbi labbi nidai
viaje de Bahrein hasta Beirut
fui desde el norte hasta el polo sur
y no encontré ojos así*

como los que tienes tú

Ayer vi pasar una mujer
debajo de su camello
un río de sal un barco
abandonado en el desierto
ya he ya he ya la he
y conocí tus ojos negros
ya he ya he ya la he
y ahora sí que no
puedo vivir sin ellos yo

coro

*Le pido al cielo sólo un deseo
que en tus ojos yo pueda vivir
he recorrido ya el mundo entero
y una cosa te vengo a decir
viajé de Bahrein hasta Beirut
fui desde el norte hasta el polo sur
y no encontré ojos así
rabboussamai fikarrajaai
fi ainaiha aralhayati
ati ilaika min haza ikaaouni
arjouka labbi labbi nidai
viaje de Bahrein hasta Beirut
fui desde el norte hasta el polo sur
y no encontré ojos así
como los que tienes tú*

Maneras de Bien Soñar

Fundada el 15 de septiembre de 2002

Staff

Editora/redactora: Cintia Vanesa Días
(SoLCiTo)

Diseño de logo: Demian Adrox
P/Zen.soluciones

**Revista de literatura
y cultura de la palabra**

Colaboraciones y sugerencias:
redaccion@turemanso.com.ar

En Web
<http://maneras.turemanso.com.ar>